Cómo Israel ha hecho del trauma un arma de guerra

NAOMI KLEIN :: 11/10/2024

Las historias particulares que cuentan Israel y Hollywood sobre el victimismo judío proporcionan la justificación y la tapadera para la violencia sionista desgarradora y la anexión colonial de tierras

Una producción televisiva de alto costo. Discursos de altos funcionarios. Una audiencia en directo de miles de personas. Una muestra unificada de dolor colectivo y resolución militar.

Así es como el régimen israelí esperaba marcar el paso de un año desde los ataques sorpresa y revindicativos de Hamás el pasado 7 de octubre. Pero poco ha ido según lo previsto.

Muchas de las familias de las personas asesinadas (por Hamás o por el ejército israelí) o tomadas como rehenes ese día se han manifestado enérgicamente en contra del acto patrocinado por el Estado, afirmando que la pompa puede esperar hasta que el régimen consiga un acuerdo sobre los rehenes y se enfrente a una investigación independiente de sus propios fallos antes, después y durante ese día. Algunos padres han prohibido al régimen de Benjamin Netanyahu que utilice los nombres y las imágenes de sus hijos.

Varios de los kibutzim que sufrieron las mayores pérdidas han dicho que boicotearán. En su lugar, se reunirán en sus comunidades para llorar colectivamente a sus seres queridos y recordar a sus rehenes en rituales «íntimos y sensibles». En respuesta, el ministro responsable de la ceremonia ha renunciado a la audiencia en directo, al tiempo que parece desestimar las objeciones de las familias calificándolas de «ruido de fondo». Esto ha provocado denuncias aún más feroces en las redes sociales, con algunas de las principales celebridades de Israel prometiendo su apoyo a una conmemoración alternativa.

Para el régimen, «todo es un espectáculo», dijo Danny Rahamim, miembro del kibutz Nahal Oz.

Puede ser, pero el 7 de octubre continuó el espectáculo oficial. De hecho, es casi imposible imaginar un mundo en el que el régimen de Netanyahu -y las organizaciones judías heredadas que se hacen eco de sus mensajes en todo el mundo- se resista a la oportunidad de utilizar la potente fecha como megáfono para difundir la misma historia sobre los atentados que todos hemos oído muchas veces antes.

Es una simple fábula sobre el bien y el mal, en la que Israel es intachable en su inocencia, merecedor de un apoyo incuestionable, mientras que sus enemigos son todos monstruos, merecedores de una violencia sin límites de leyes o fronteras, ya sea en Gaza, Yenín, Beirut, Damasco o Teherán. Es una historia en la que la propia identidad de Israel como nación se funde para siempre con el terror que sufrió el 7 de octubre, un acontecimiento que, según Netanyahu, se fusionará a la perfección tanto con el holocausto nazi como con una batalla por el alma de la civilización occidental.

En Alemania se habla de una *Staatsraison*, o razón de Estado, y en las últimas décadas sus dirigentes han dicho que esa razón es proteger a Israel. Israel también tiene una *Staatsraison*, relacionada pero diferente. Oficialmente, es la seguridad judía. Pero el trauma judío forma parte integral del concepto de seguridad del Estado. Construir santuarios para él. Levantando muros a su alrededor. Hacer guerras en su nombre.

Y así, tan seguro como que el sol sale por Jerusalén , Netanyahu contó su historia vengadora al mundo el 7 de octubre, y ninguna familia entrometida y desconsolada pudo detenerlo.

Estos enfrentamientos en torno a la conmemoración dan pie a profundos debates subyacentes sobre los usos y abusos del sufrimiento judío, conflictos que se remontan a antes de la ilegítima fundación de Israel y que se extienden mucho más allá de sus fronteras notoriamente indefinidas. Se trata de una serie de cuestiones no resueltas pero cada vez más candentes.

¿Cuál es el límite entre conmemorar un trauma y explotarlo cínicamente? ¿Entre la conmemoración y la militarización? ¿Qué significa hacer un duelo colectivo cuando el colectivo no es universal, sino que está estrechamente vinculado a la etnia? ¿Y qué significa hacerlo mientras Israel produce activamente más dolor a una escala insondable, detonando bloques enteros de apartamentos en Beirut, inventando nuevos métodos de mutilación por control remoto y expulsando a más de un millón de libaneses, huyendo para salvar sus vidas, incluso mientras su azote sobre Gaza continúa sin cesar?

Con una conflagración regional a gran escala que parece más posible cada hora, centrarse en la mecánica de cómo Israel intensifica y manipula el trauma judío puede parecer irrelevante, incluso insensible. Sin embargo, estas fuerzas están profundamente interconectadas, y las historias particulares que cuenta Israel sobre el victimismo judío proporcionan la justificación y la tapadera para la violencia desgarradora y la anexión colonial de tierras que ahora se muestran con tanta crudeza. Y no hay nada que aclare más estas conexiones que la forma en que Israel decide contar la historia del trauma de su propio pueblo el 7 de octubre, un acontecimiento que se ha conmemorado ininterrumpidamente casi desde el mismo momento en que se produjo.

Uno de los aspectos más notables de la respuesta al 7 de octubre dentro de Israel y gran parte de la diáspora judía fue la rapidez con la que fue absorbido por lo que ahora se denomina «cultura de la memoria»: las metodologías artísticas, tecnológicas y arquitectónicas que transforman los traumas colectivos en experiencias educativas para otros, normalmente en nombre de los derechos humanos, la paz y contra la lacra de la negación o el olvido. En el caso de las atrocidades masivas, suelen pasar décadas antes de que una sociedad esté preparada para afrontar el pasado con honestidad. El documental de Claude Lanzmann sobre el holocausto, *Shoah*, por ejemplo, se estrenó 40 años después del final de la II Guerra Mundial.

En el caso de Israel, hubo un movimiento casi instantáneo para recrear gráficamente los acontecimientos del 7 de octubre como experiencias mediáticas, a veces con el objetivo de contrarrestar las afirmaciones que niegan que se produjera atrocidad alguna (o al menos que sólo las produjera Hamás), pero a menudo con el objetivo explícito de reducir a cero la simpatía por los palestinos y generar apoyo para las guerras de Israel, en rápida expansión.

Antes de que se cumpliera un año de los atentados, ya se había estrenado en Broadway una «obra de teatro literal» (*verbatim play*), titulada *7 de octubre*, basada en testimonios de testigos; varias exposiciones de arte y al menos dos desfiles de moda (!) sobre el tema, en uno de los cuales modelos que habían sobrevivido a los ataques o perdido a seres queridos se adornaron con heridas protésicas, sangre falsa y vestidos hechos con casquillos de bala. Una modelo cuyo prometido murió en el ataque, por ejemplo, «llevaba un vestido de novia blanco con un "agujero de bala" en el corazón», informó el Jewish News. «Israel vuelve a estar de moda», rezaba un titular disonante sobre el espectáculo en el Jewish Chronicle.

Luego están las películas del 7 de octubre, que ya son un subgénero emergente. Primero fue *Bearing Witness*, del ejército israelí, que recopiló los momentos más gráficos y horribles captados en vídeo aquel día (sólo los de Hamás). Pocas semanas después de los atentados, se proyectaba ante un público selecto de políticos, empresarios y periodistas, desde Davos hasta el Museo de la Tolerancia de Los Ángeles. Le siguieron una serie de documentales más profesionales, como *Screams Before Silence* (*Gritos antes del silencio*), sobre la violencia sexual (no queda claro quiénes son los violadores), dirigido por Sheryl Sandberg, antigua Directora de Operaciones de Meta; *#Nova*, que utiliza vídeos grabados con teléfonos y cámaras corporales para crear un relato «minuto a minuto» de las «escalofriantes atrocidades»; y *Surviving October 7: We Will Dance Again* (*Sobrevivir al 7 de octubre: volveremos a bailar*), de la BBC, que hace prácticamente lo mismo. TBN, «la cadena religiosa más vista en EEUU», emitió un especial en cuatro partes sobre los atentados que duraba siete horas en total. Falta uno sobre la decapitación de bebés...

Los tratamientos dramáticos llevan un poco más de tiempo, pero hay varios en marcha, incluido *7 de octubre*, un largometraje de los creadores de Fauda, así como la serie guionizada *One Day in October*, desarrollada por Fox, cuya emisión está prevista para este mes.

Lo más inusual es la decisión del director israelí Alon Daniel de hacer una película realista totalmente en miniatura. Su equipo pasó meses recreando minuciosamente una casa de muñecas de los horrores: desde la alambrada de espino que abrió Hamás hasta los coches quemados y los baños portátiles acribillados en el festival de música Nova. Un miembro de la producción dijo a Haaretz: «Imprimimos estos pequeños modelos de puestos en 3D y los pintamos, y al principio fue divertido verlo. Pero era igualmente horrible. Había tal disonancia entre lo bonito y lo horrible».

Dado que el nuestro es un mundo desgarrado por la violencia y la injusticia, existe una gran cantidad de literatura sobre la ética de la conmemoración de la atrocidad del mundo real. ¿Cómo evocar el horror sin explotarlo? ¿Cómo evitar reafirmar la idea de que algunos tipos de cuerpos están destinados a la violencia, haciéndola así más probable? ¿Cómo evitar pedir a los supervivientes que revivan sus peores traumas una y otra vez? ¿Cómo evitar una respuesta traumática en el espectador, que puede tener un historial de violencia? ¿Existe un proceso de reparación y curación? En relación con esto, ¿cómo se evita evocar emociones peligrosas, como el odio y la venganza, que sólo pueden conducir a más tragedias y más traumas?

Amy Sodaro, socióloga y autora de *Exhibiting Atrocity: Memorial Museums and the Politics*

of Past Violence, me dijo: «Estas son cuestiones con las que se enfrentan constantemente las personas que se dedican a la conmemoración. Es un trabajo profundamente político».

Durante las semanas que pasé investigando la extensa cultura de la memoria que surgió tras el 7 de octubre -los vestidos de novia ensangrentados, los pequeños coches quemados y los mensajes de voz finales en bucle-, busqué en vano pruebas de que estas cuestiones se hubieran abordado en absoluto. Tampoco he encontrado ningún reconocimiento de la realidad de que muchos hechos siguen siendo desconocidos o se sabe que fueron manipulados, razón por la que tantas familias de víctimas exigen una investigación independiente.

Con muy pocas excepciones, el principal objetivo de estas obras parece ser la transferencia del trauma al público: recrear sucesos terroríficos con tal intensidad e intimidad que el espectador o visitante experimente una especie de fusión de identidad, como si él mismo hubiera sido violado.

Un neoyorquino que vio la obra de «teatro literal» sobre el 7 de octubre declaró: «Sentí que estaba viviendo realmente la experiencia... Me sentí allí y [la obra fue] capaz de trasladarme esa sensación». Los productores quedaron tan satisfechos por la reacción que la compartieron en las redes sociales. Una proyección de la compilación militar israelí del 7 de octubre «dejó al público conmocionado. La gente salió de la sala en silencio, llorando o simplemente conmocionada», declaró Jonathan Greenblatt, de la Liga Antidifamación, al New York Times, y eso también fue un cumplido.

Todos los esfuerzos de conmemoración pretenden llegar al corazón de las personas que no estuvieron allí. Pero hay una diferencia entre inspirar una conexión emocional y poner deliberadamente a la gente en un estado de conmoción y trauma. Conseguir este último resultado es la razón por la que tanta conmemoración del 7 de octubre se jacta de ser «inmersiva», ofreciendo a los espectadores y participantes la oportunidad de meterse en el dolor de otros, basándose en la suposición de que cuantas más personas haya que experimenten el trauma del 7 de octubre como si fuera propio, mejor estará el mundo. O, mejor dicho, mejor estará Israel.

En ninguna parte es más explícito el objetivo de transferencia del trauma que en el floreciente sector del «turismo oscuro» de Israel. Durante meses, sinagogas y federaciones judías de todo el mundo han patrocinado viajes que llevan a sus seguidores en «misiones de solidaridad» al sur de Israel. Sus autobuses turísticos se alinean en los bordes del recinto del festival Nova, que ahora está lleno de monumentos en memoria de los cientos de personas que fueron asesinadas y secuestradas allí (siempre echando la culpa de las muertes a Hamás). Y, para consternación de algunos lugareños, también pasan por encima de los escombros para agolparse en los kibbutzim aún devastados.

El pasado mes de febrero, la reportera Maya Rosen siguió de cerca varias de estas visitas para un extenso artículo de Jewish Currents sobre el espeluznante fenómeno. Vio casas diezmadas conservadas como mausoleos, incluida la de una pareja de 23 años muerta en el ataque. Las visitas recorren sus habitaciones, donde «se habían impreso y pegado a las paredes capturas de pantalla de las últimas y frenéticas conversaciones de WhatsApp de [Sivan] Elkabetz con sus padres, junto a cartas que su madre le había escrito tras su

muerte».

Esto va más allá de un afán por «tocar "lo real"», término utilizado por la académica de la Universidad Queen's de Belfast Debbie Lisle para describir la avalancha de turistas que acudieron en masa a la Zona Cero tras los atentados del 11 de septiembre. Debido al extraordinario volumen de comunicaciones intensamente personales que ahora se conservan a través de mensajes de voz y de texto (y muchos en estas comunidades enviaron mensajes de texto y llamaron continuamente durante muchas horas, esperando una ayuda que nunca llegó, o llegó para peor), combinado con el acceso a lugares físicos donde la sangre y los signos de lucha han quedado intactos, los participantes en estas misiones casi se sienten como si ellos mismos hubieran pasado por el interminable ataque.

«Una rabina estadounidense que dirigió un viaje para su comunidad me contó que escuchaba una historia tras otra de personas que habían sido asesinadas», escribe Rosen. Se enteraron de todo, «"paso a paso, dónde ocurrió, cómo ocurrió, cuántas horas estuvo la gente encerrada en sus habitaciones seguras, cuándo dispararon a la gente a través de su ventana o la sacaron de su casa". Estas imágenes le provocaron pesadillas durante las cinco noches siguientes», declaró.

Se ofrecen otras experiencias de este tipo, como la «Plaza de los Rehenes» de Tel Aviv, donde los turistas han podido entrar en un «falso túnel inmersivo de Hamás» de hormigón oscuro y 30 metros de largo. Para simular la experiencia de un rehén, la estructura se equipó con el sonido ambiental de las explosiones de los combates aéreos.

Resulta difícil de creer, dado el volumen ya disponible, pero aún queda mucho por hacer para conmemorar el 7 de octubre. A pesar del empeoramiento de la crisis económica, el mes pasado, el régimen israelí aprobó una propuesta de Netanyahu para gastar 86 millones de dólares en futuros proyectos de conmemoración relacionados con el 7 de octubre y las campañas militares en múltiples frentes que han tenido lugar desde entonces. El dinero se destinará a la conservación de «infraestructuras patrimoniales» (también conocidas como edificios dañados), la creación de un nuevo lugar conmemorativo, el establecimiento de una fiesta nacional anual y muchas otras cosas.

Mientras tanto, los que no puedan viajar a Israel tienen a su disposición experiencias de realidad virtual, como el «Gaza Envelope 360 tour», un vídeo de 35 minutos en inglés y hebreo que guía a los espectadores por las comunidades israelíes que fueron atacadas el 7 de octubre. En un fragmento del recorrido publicado en Internet, el hermano de una de las víctimas guía a la cámara por la casa donde se produjo el ataque y señala la sangre que todavía hay en el suelo. Este también es un subgénero del 7 de octubre: una «plataforma de narración inmersiva» invita a los visitantes a una selección de visitas en 3D de viviendas. Al pasar de una habitación llena de escombros a otra, se escuchan mensajes de terror enviados a los familiares desde habitaciones seguras.

También hay experiencias traumáticas más táctiles que recorren el mundo. La más destacada (y controvertida) es la exposición Nova. La vasta instalación, tenuemente iluminada, está diseñada para recrear el festival de música hasta la arena, las tiendas de acampada y los coches quemados, y para transmitir la sensación corporal de tener esa experiencia alucinante interrumpida de repente por una violencia espantosa. La muestra,

que sigue de gira e incluye objetos reales recogidos en el lugar, atrajo a más de 100.000 visitantes sólo en Nueva York, entre ellos varios políticos.

Una vez más, esto se aparta de la forma en que los artistas suelen conmemorar los recientes sucesos traumáticos, desde tiroteos masivos a catástrofes climáticas. Por lo general, la obra es mucho más elíptica, consciente de no volver a traumatizar a las familias, aterrorizar a los visitantes o faltar al respeto a los muertos. Por ejemplo, los memorialistas no suelen llevar a los espectadores en masa a oscuros pasillos de institutos sembrados de sangre falsa y sonidos de disparos de armas y llantos desesperados de niños para motivar la acción contra la violencia armada.

Una crítica, publicada en la web de arte Filthy Dreams, comparaba la exposición de Nova con un extraño cruce entre una hoguera y una de esas casas del infierno evangélicas, diseñadas para asustar a los adolescentes sobre los peligros del sexo prematrimonial. «¿Necesitamos *realmente* estar sobre las esterillas de yoga de las víctimas para sentir el horror de la masacre de los asistentes a un festival de música?», se preguntaba la crítica de arte Emily Colucci. «¿Es *realmente* la mejor manera de recordar a los muertos sentarse a horcajadas en una silla de jardín volcada mientras se contemplan cadáveres borrosos? ¿Y por qué está tan oscuro? Comprendí que el 7 de octubre era malo sin hacer *esto*».

Hay una diferencia entre comprender un acontecimiento, que preserva la capacidad analítica de la mente, así como el sentido de uno mismo, y sentir que lo estás viviendo personalmente. Esto último no produce comprensión, sino lo que Sodaro ha llamado un «trauma protésico», que, escribe, es muy propicio para «un dualismo simplista entre el bien y el mal que tiene importantes implicaciones políticas».

A los consumidores de estas experiencias se les anima a sentir un vínculo destilado con las víctimas, que son la esencia del bien, y un odio destilado hacia sus agresores, que son la esencia del mal. El estado traumatizado es puro sentimiento, pura reacción. La visión es estrecha, de túnel.

En este estado, no nos preguntamos qué no está incluido en el marco de la experiencia inmersiva. Y en el caso del diluvio de arte inmersivo que se está produciendo para conmemorar el 7 de octubre, lo que no está incluido es Palestina, concretamente Gaza. Ni las décadas de condiciones de vida estranguladas al otro lado del muro que condujeron a los ataques, ni las decenas de miles de palestinos, entre ellos un número desgarrador de bebés y niños, que Israel ha matado y mutilado desde el 7 de octubre.

Y esa es precisamente la cuestión.

Cuando los turistas judíos de Nueva York o Montreal intentan fundirse con el trauma en el recinto del festival de Nova, o en un kibbutz destruido, están lo suficientemente cerca de Gaza como para oír las explosiones de las bombas israelíes en Jabaliya y Jan Yunis, ver el humo y, en días especialmente intensos, sentir las vibraciones en sus cuerpos. Pero, como relató Maya Rosen, a pesar de esta intensidad, es como si no pudieran oír, o no pudieran registrar qué es lo que están oyendo. Un miembro del personal que trabaja en estos viajes observó que los participantes están «profundamente inmersos en su propio trauma, y ese trauma está desplazando el sufrimiento que la guerra está causando».

Estos turistas, como los consumidores de muchas de estas experiencias sangrientas y envolventes (aunque muy selectivas), dicen que están allí para «dar testimonio», el mantra de la memorialización moderna. Pero no está claro qué quieren decir exactamente. Cuando los expertos en atrocidades masivas hablan de la importancia de «dar testimonio», se refieren a una forma específica de ver. Este tipo de testimonio, a menudo de crímenes que han sido negados o suprimidos durante mucho tiempo por los Estados poderosos, es un acto de rechazo, un rechazo de esa negación. También es una forma de honrar a los muertos, manteniendo vivas sus historias e incorporando sus espíritus a un proyecto de búsqueda de la justicia para evitar que se repitan atrocidades similares en el futuro.

Pero no todos los testimonios se hacen con este espíritu. A veces, el testimonio es en sí mismo una forma de negación, utilizada por los Estados para justificar otras atrocidades mucho mayores. Estrecho e hiperdirigido hacia el propio grupo, se convierte en una forma de evitar mirar las duras realidades de esas atrocidades, o de justificarlas activamente. Este testimonio se parece más a la ocultación y, en su forma más extrema, puede proporcionar racionalizaciones para el genocidio.

Es en este contexto en el que algunos de los debates más tensos de este último año en el campo antibélico han girado en torno a la política del duelo, produciendo un nuevo y doloroso léxico del dolor. Aunque muchos (entre los que me incluyo) lloraron abiertamente la muerte de los civiles israelíes en los ataques del 7 de octubre, muchos también señalaron que las vidas palestinas son tratadas sistemáticamente como «irrecuperables» (invocando una frase de Judith Butler). En cambio, las vidas israelíes son, en palabras del historiador Gabriel Winant, «pre-lamentadas», porque «ya existe un aparato para tomar sus muertes y darles no cualquier significado, sino específicamente el significado que encuentran en las bombas que caen sobre Gaza».

El antropólogo libanés-australiano Ghassan Hage vio un «duelo supremacista» en marcha tras el 7 de octubre, ya que «a diferencia de los palestinos que son asesinados todo el tiempo, los israelíes asesinados eran especiales. Eran muertos superiores que necesitaban vengarse de un modo que recordara a todos, pero especialmente a los asesinos, lo superiores que eran». El erudito palestino Abdaljawad Omar escribió un ampuloso ensayo en el que señalaba que la propia postura de duelo implica una medida de distanciamiento del acontecimiento traumático, una distancia de la que no disponen los palestinos que se enfrentan a la furia genocida de Israel. «Hasta que se produzca un verdadero alto el fuego, que nos permita iniciar la labor de duelo, nuestra resistencia luchará por nuestro derecho a llorar».

Arte y venganza

Aunque la rapidez (y, sí, la cursilería) con que Israel ha transformado el sufrimiento del 7 de octubre en productos mediáticos y turísticos es impresionante, no carece de precedentes. Las fotos de la Zona Cero y de los atentados del 11 de septiembre también fueron inmediatamente estetizadas y convertidas en exposiciones en galerías, y las películas de catástrofes no se quedaron atrás. El debate sobre cómo conmemorar el 11 de septiembre de 2001 (no pasó lo mismo con el de 1973 en Chile) comenzó casi instantáneamente, al igual que las peregrinaciones turísticas al lugar.

Y lo que es más importante, al igual que ocurre hoy en Israel, estos intentos de convertir el 11-S en una experiencia que provocara emociones específicas -dolor, orgullo, patriotismo- se produjeron paralelamente a la feroz respuesta militar estadounidense a los atentados. Y las películas y series de televisión más patrioteras posteriores al 11-S, en las que casi siempre se presentaba a los árabes y musulmanes como terroristas sedientos de sangre, formaron un frente cultural en la llamada guerra contra el terror, desempeñando un papel fundamental en la justificación de los peores abusos de EEUU, desde las carnicerías en Faluya, pasando por las matanzas de familias en Afganistán, hasta las mazmorras de Guantánamo.

Se pueden encontrar paralelismos aún más sorprendentes en la historia colonial más antigua. Por ejemplo, cuando hablé de esta investigación con mi colega Kavita Philip, una estudiosa de la tecnología y la literatura, me animó a investigar la oleada de arte británico creada en respuesta a la rebelión india de 1857-58. Fue como mirar a través de una ventana a la historia de la India. Fue como mirar a través de un portal en el tiempo.

En 1857, los soldados indios sepoy se sublevaron contra sus oficiales británicos al mando como parte de una rebelión más amplia contra el régimen tiránico de la Compañía Británica de las Indias Orientales. La rebelión se extendió mucho más allá del ejército e incluyó a campesinos y terratenientes que sufrían bajo el dominio colonial. El 7 de octubre, la fuerza del levantamiento cogió por sorpresa a sus objetivos: los rebeldes alcanzaron rápidamente Delhi, rebasando el arsenal británico. Las tropas británicas respondieron con furiosa violencia, quemando pueblos hasta los cimientos, y los soldados sepoy también cometieron atrocidades: en el incidente más notorio, unas doscientas mujeres y niños británicos fueron tomados como rehenes y finalmente masacrados.

En los meses siguientes, surgió en Gran Bretaña un subgénero de arte propagandístico repleto de horror que recorrió todo el imperio. En bocetos, litografías y grabados, los rebeldes asiáticos eran retratados como salvajes simiescos o feroces tigres, mientras que las mujeres británicas asesinadas eran angelicales y parecidas a Ofelia. Lo más impactante eran los enormes panoramas de 360 grados, algunos con cuadros en movimiento, que ofrecían a los espectadores una experiencia inmersiva de estar en el campo de batalla, un precursor de baja tecnología de las experiencias traumáticas de realidad virtual que se ofrecen hoy en día.

Entonces, como ahora, la rapidez era esencial: mientras las batallas seguían en el subcontinente, los londinenses podían ir a Leicester Square, pagar un chelín y verse rodeados por el cuadro panorámico de Robert Burford, *The Action Between her Majesty's Troops and the Sepoys at Delhi* (*La acción entre las tropas de Su Majestad y los cipayos en Delhi*), o la litografía más macabra *The Treacherous Massacre of English Women and Children at Cawnpore* (*La traicionera masacre de mujeres y niños ingleses en Cawnpore*), de Nena Sahib.

Las espeluznantes escenas avivaron el deseo de venganza y generaron un apoyo vital para la represión británica que siguió al levantamiento, que incluyó linchamientos itinerantes y muestras tan espectaculares del dominio imperial como ejecutar a los rebeldes atándolos a los cañones. La campaña acabaría con la vida de al menos 100.000 civiles indios, y cientos de miles más murieron de hambre y a causa de las epidemias que formaron parte de las

represalias británicas. Los soldados imperiales no disponían entonces de TikTok para compartir su porno de atrocidades, pero los pintores plasmaron vívidamente a los rebeldes atados a las bocas de los cañones y los caricaturistas políticos del Reino Unido mostraron a la poderosa Justicia británica, espada en mano, aplastando cuerpos morenos bajo sus pies.

La historia está repleta de capítulos en los que los pueblos indígenas, hambrientos e inmisericordes por la opresión colonial, acaban rebelándose, y esas rebeliones a veces incluyen atrocidades. Esto, a su vez, se convierte en el pretexto para que sus señores coloniales desencadenen desenfrenados ataques de «exterminio de todos los brutos», hasta el punto del genocidio. Hace un año, cuando Israel intensificó sus amenazas genocidas contra los palestinos a los que calificaba de «animales humanos», estudiosos de la historia anticolonial como Ghassan Hage y Shailja Patel señalaron estos paralelismos en las redes sociales y en pequeñas publicaciones, basándose en historias de «expediciones punitivas coloniales» en todas partes, desde Namibia hasta Minnesota. Pero rara vez tuvieron acceso a grandes plataformas en Occidente para proporcionar este contexto.

Es una lástima, porque habría ayudado a situar el 7 de octubre y sus consecuencias en una perspectiva histórica, no como excusa para los ataques de Hamás, sino como advertencia contra la militarización de la conmoción y la exaltación de Israel para la agresión imperial y las grotescas violaciones de derechos. Sin embargo, hemos oído poco sobre estas historias suprimidas. Incluso los evidentes paralelismos con el 11 de septiembre de 2001 -omnipresentes en los primeros días- se desvanecieron rápidamente.

Fusión del 7 de octubre con el holocausto

En su lugar, al menos en Israel y en gran parte de la prensa occidental, hubo un punto de referencia histórico singular para los atentados. Me refiero, por supuesto, a la persistente y repetida comparación entre el 7 de octubre y el holocausto nazi. En una inversión de las relaciones de poder reales, esta analogía presenta a los palestinos sin Estado -que viven bajo el prolongado asedio israelí, la ocupación ilegal y el apartheid- como los nazis, y presenta a Israel -con uno de los ejércitos más poderosos del mundo, respaldado por la hiperpotencia de EEUU, y una clara política de expansión de su masa territorial y de borrar la presencia palestina de forma descaradamente colonial- como sus víctimas indefensas.

Se trata de una historia profundamente incendiaria ya que, en la mente de muchos israelíes y de sus partidarios, el retorno de una amenaza del nivel del holocausto justifica cualquier respuesta. Como dijo Abdaljawad Omar: «Esta forma colonial de duelo transforma a los palestinos en equivalentes modernos de los amalecitas, alimentando un anhelo de poder, autonomía y militarismo desenfrenado. Engendra un discurso racializado que redirige el dolor y la ira del holocausto hacia un pueblo que simplemente existía donde se iba a establecer el Estado de Israel».

Y la cascada de arte e instalaciones conmemorativas del 7 de octubre, que sigue los trillados surcos y métodos que se han perfeccionado en la educación y conmemoración del holocausto durante muchas décadas, desempeña un papel fundamental en la consolidación de esa historia invertida.

El mimetismo es evidente en muchos frentes. Está presente en la persistente elección del

lenguaje para describir la obra conmemorativa («no olvidar nunca», «nunca más es ahora», «dar testimonio»). Está en la decisión de crear tantas oportunidades «inmersivas» para «experimentar» el 7 de octubre, que se basa en la tendencia de la educación sobre el holocausto hacia la inmersión hiperrealista y la simulación, desde viajes escolares a vagones de ganado equipados con hologramas de prisioneros judíos, hasta la entrega a los escolares de pasaportes simulados para que puedan imaginarse a sí mismos siendo cargados en esos vagones.

La fusión de acontecimientos es omnipresente. El sitio web que ofrece «Gaza Envelope 360 tours» también ofrece «Auschwitz 360 Tours». La exposición itinerante Nova incluye una muestra de zapatos «perdidos y encontrados» en el recinto del festival, un eco deliberado que pocos pueden perderse. «Las hileras de zapatos recuerdan una exposición similar en el Museo Conmemorativo del holocausto de Washington DC, que simboliza los 6 millones de judíos asesinados en el holocausto», informó la NBC. La fusión también está ahí, en el oscuro turismo: de hecho, algunos de los viajes al sur de Israel pasan por Polonia, haciendo parada en Auschwitz como «misión previa opcional».

Por si a alguien no le quedaba claro, el influyente grupo Movimiento de Lucha contra el Antisemitismo decidió celebrar el Día de la Memoria del holocausto promocionando un vídeo filmado en el Monumento a los Judíos de Europa Asesinados de Berlín. Sobre las oscuras losas de hormigón que simbolizan la matanza de millones por los nazis, la «obra de arte digital» utiliza drones para hacer flotar un par de pantalones de chándal gigantes manchados de sangre falsa, con la intención de simbolizar la violencia sexual el 7 de octubre. Otros drones sostienen una estrella amarilla preguntando: «¿Nunca más?» Allí, en un cuadro, los dos traumas se funden visualmente en un único lamento que todo lo abarca, colapsando océanos, siglos, poder, pueblos y escala.

Hay que decir que es un comportamiento extraño. Pero no tan extraño como un detalle que encontré en un artículo sobre la reciente moda israelí de tatuajes con el tema del 7 de octubre. Un artista, citado en la revista Hadassah Magazine, dijo que a un cliente se le ocurrió un «concepto» que tendría la fecha del atentado «1072023 escrita como los números de serie que recibían los prisioneros en Auschwitz».

Algunas de las instituciones más importantes encargadas de proteger la memoria del holocausto para las generaciones futuras han participado voluntariamente en esta confusión. La inefable Fundación Shoah, por ejemplo, que alberga un vasto archivo de testimonios en vídeo de supervivientes del holocausto, ha añadido este año una nueva categoría: «Entrevistas con supervivientes del 7 de octubre». Y en la Marcha de los Vivos a Auschwitz de este año, los organizadores hicieron hincapié en invitar a «Supervivientes israelíes del holocausto que sobrevivieron a los atentados del 7 de octubre».

Incidentes como estos llevaron a Marianne Hirsch, profesora emérita de la Universidad de Columbia y muy respetada estudiosa de la memoria traumática y la conmemoración, a escribir un influyente ensayo en el que desafiaba a sus colegas de los estudios sobre el holocausto a cuestionar la sensatez de los métodos de conmemoración basados en la transmisión de recuerdos traumáticos de una generación a la siguiente (un proceso que ella ha descrito como la creación de la «posmemoria»).

En una entrevista, me dijo que la conmemoración de historias traumáticas puede hacerse de forma que fomente la curación colectiva y un sentimiento de solidaridad por encima de las divisiones. Pero también hay ocasiones en las que, para los actores políticos de estos grupos, la curación no es el objetivo: mantener vivo el trauma, a pesar del paso del tiempo y de las condiciones cambiantes, es infinitamente más útil. «En sus comienzos, los estudios sobre el holocausto han tratado sobre todo de cómo mantener abiertas las heridas y transmitir el trauma de la forma más directa posible», afirma. También se ha tratado de presentar el antisemitismo como una fuerza inamovible y omnipresente de la naturaleza, un odio en una clase propia, una visión del mundo que el rabino y académico Shaul Magid denomina «judeopesimismo».

Según Hirsch, esto tiene mucho que ver con lo estrechamente que se ha vinculado la memoria del holocausto al sionismo, con la creación del Estado de Israel, altamente militarizado, presentado como la «redención» de la destrucción del holocausto. En esta narrativa, dominante en las escuelas judías, los campamentos de verano, las sinagogas y los viajes Birthright a Israel, «la curación sólo viene de la "patria"». Eso significa que cuando la patria sufre un ataque intenso, como ocurrió el 7 de octubre, todo el trauma -implantado a través de esas películas y museos y memorias e historias de terror- regresa precipitadamente y la amenaza se siente existencial. Si es cierto que el holocausto puede volver en cualquier momento, e Israel es la única salvaguarda para que eso no ocurra, «se crea una especie de coartada para cualquier cosa que Israel quiera hacer», una coartada cuyas horribles implicaciones genocidas hemos visto en acción implacable durante los últimos 12 meses.

A Hirsch le molestan profundamente estas confusiones históricas, tanto por su lugar como académica como por el de hija de supervivientes del holocausto. En su opinión, las comparaciones directas entre la matanza a escala industrial de los nazis y los ataques de un día de Hamás sirven para «disminuir el holocausto». «Y eso deshonra a las víctimas. Y es históricamente completamente erróneo».

Pero plantea una pregunta: ¿por qué parece que tantos destacados líderes judíos *quieren* que Israel haya sufrido un holocausto moderno propio, lo suficiente como para permitirse estas falsas y peligrosas comparaciones?

Por un lado**,** no tiene mucho sentido: la *Staatsraison* de Israel es su pretensión de que sólo ese régimen puede garantizar la seguridad judía frente al odio a los judíos, presentado como una fuerza primordial en la psique humana que puede levantarse con furia genocida en cualquier momento. Los ataques del 7 de octubre fueron brutales, pero no representaron una amenaza exterminadora ni para los israelíes ni para los judíos como pueblo (pueblo pequeño, recordemos que sólo hay trece millones de israelíes en todo el mundo, incluido Israel). ¿Por qué, entonces, querría Israel socavar su misión principal promoviendo una narrativa que le haga parecer menos seguro de lo que realmente es?

He aquí una teoría: la herida en el corazón de la fundación de Israel es que los palestinos se han visto obligados a pagar por los crímenes de Europa. Obligados a pagar con su tierra. Con sus hogares. Con su libertad. Con su sangre. Una y otra vez, en lo que muchos académicos y líderes políticos palestinos, desde Hanan Ashrawi a Joseph Massad, han

denominado la «Nakba en curso». Sin embargo, si los palestinos son los nuevos nazis, o peores que los nazis (como hemos oído este año), y si el 7 de octubre es un nuevo holocausto, o una extensión del mismo, eso igualaría las cosas a posteriori. Dicho de otro modo, en la nueva identidad nacional que se está forjando en torno a ese día traumático, Israel podría estar menos seguro físicamente de lo que ha afirmado durante mucho tiempo, pero cree que está más seguro políticamente, ya que, dentro de esta lógica, no se fundaría sobre el crimen de la limpieza étnica de un pueblo que nunca supuso una amenaza existencial para los judíos. Y eso significa que sería seguro terminar finalmente el trabajo de la Nakba, que es lo que está en marcha en Gaza y en grandes partes de Cisjordania.

Este peligroso desvarío encontró lo que puede ser su expresión más explícita el pasado diciembre, cuando David Azoulai, jefe del Consejo de Metula, en el norte de Israel, contó en un programa de radio israelí su idea de lo que debería ocurrir con Gaza y los 2,2 millones de palestinos que viven allí. En opinión de este político local, la armada israelí debería transportar a todos los palestinos que quedan «a las costas de Líbano, donde ya hay suficientes campos de refugiados», de modo que la franja «debería parecerse al campo de concentración de Auschwitz... Toda la franja de Gaza debería ser vaciada y arrasada, como en Auschwitz».

Y añadió: «Que sea un museo para que todo el mundo vea lo que Israel puede hacer. Que nadie resida en la Franja de Gaza para que todo el mundo lo vea, porque el 7 de octubre fue en cierto modo un segundo holocausto».

La idea de invocar Auschwitz para hacer un llamamiento a un nuevo genocidio -incluida la creación de nuevos campos de concentración- aquí y ahora, haciéndolo pasar de alguna manera por un llamamiento a la conmemoración, fue demasiado para las personas que dirigen el memorial de Auschwitz. Respondieron con un mensaje en las redes sociales en el que afirmaban: «David Azoulai parece querer utilizar el símbolo del mayor cementerio del mundo como una expresión simbólica, enferma, odiosa y pseudoartística».

«Hacer un llamamiento a actos que parecen transgredir cualquier ley civil, bélica, moral y humana, que puede sonar como un llamamiento a asesinatos de la escala de Auschwitz, pone a todo el mundo honesto frente a una locura que debe ser confrontada y firmemente rechazada. Esperamos que las autoridades israelíes reaccionen ante tan vergonzoso abuso, ya que el terrorismo nunca puede ser una respuesta al terrorismo», agregaron.

Las autoridades israelíes no rechazaron la incitación de Azoulai. Tal vez porque, aunque los detalles no coincidan exactamente, estaba describiendo lo que el régimen israelí ha estado haciendo continuamente desde el 7 de octubre: utilizar un genocidio en el pasado para justificar un genocidio en el presente, todo ello mientras sus partidarios utilizan el arte, el cine, la realidad virtual, el turismo oscuro e incluso la moda para trasladar el trauma israelí por todo el mundo.

Marianne Hirsch denomina «memoria monumental» a este tipo de recuerdo oficial militarizado. Pero también hay algo que, siguiendo a Michel Foucault, ella denomina «contramemoria»: expresiones de dolor y duelo que surgen desde abajo y que a menudo están relacionadas con luchas por la justicia, la curación colectiva y la transformación.

Aunque probablemente se verán ahogadas por los constructores de monumentos, en los próximos días también se verán muchos de estos contramemoriales: grupos de personas que reconocen que, a pesar de todos los desgarradores dobles raseros y los peligrosos intentos de transformarlo en un arma, el dolor es una emoción poderosa, insistente y rebelde. Necesita un lugar donde ir y necesita ser sostenido colectivamente.

Así pues, los kibutzim tendrán sus rituales privados, en sus cementerios, mientras recuerdan a los rehenes que rezan para que sigan vivos. IfNotNow, una organización de jóvenes judíos progresistas, está celebrando concentraciones en todo EEUU bajo el lema «Cada vida, un universo», pidiendo un embargo de armas, el fin de los ataques de Israel contra Gaza y de su invasión de Líbano y la libertad para todos los cautivos. «Nuestras lágrimas son suficientemente abundantes, y nuestros corazones suficientemente grandes, para llorar por cada vida arrebatada -cada universo destruido- sea israelí o palestina. No es una cosa o la otra. Nos necesitamos unos a otros: Los judíos no pueden estar a salvo si los palestinos no están a salvo y son libres».

Antes de que esa esperanza pueda convertirse en algo más que un eslogan, será necesario que exista algún tipo de historia común sobre cómo hemos llegado a este desgarrador lugar, que es el trabajo del notable grupo israelo-palestino Zochrot. Durante dos décadas, han estado educando en silencio a los judíos israelíes sobre por qué las historias con las que crecieron son peligrosamente incompletas, porque la historia triunfante y redentora de la fundación de Israel es inextricable de la desposesión palestina y los asesinatos y el exilio forzado: de la Nakba. Por eso dirigen visitas a pueblos palestinos destruidos y despoblados, distribuyen mapas alternativos, organizan cursos y talleres y piden «un futuro común para todos los habitantes de esta tierra y todos los refugiados».

En hebreo, *zochrot* significa «recordar», y a diferencia de la re-traumatización que actualmente se hace pasar por conmemoración, recordar en su sentido más auténtico consiste en juntar las piezas destrozadas y cortadas del yo (*re-member-ing*) con la esperanza de llegar a estar entero. Re-cordar la tierra. Re-cordar a las personas exiliadas de la tierra. Recordar los genocidios coloniales anteriores que dieron forma e inspiraron el holocausto nazi, que a su vez se utilizó para dar forma al Estado de Israel. Recordar que Israel se halla ahora mismo inmerso en un frenesí de venganza colonial supremacista con armas nucleares, en la línea de anteriores expediciones coloniales punitivas, que también utilizaron el arte y el dolor colectivo como potentes armas de aniquilación.

Identificar estas profundas líneas históricas -lo que el estudioso del holocausto de la UCLA Michael Rothberg ha denominado «memoria multidireccional»- es un trabajo de recuerdo, y es nuestra mejor esperanza para salir de lo que cada vez más parece un bucle de genocidio que se repite sin fin. Sin embargo, este trabajo es cada día más difícil, ya que los palestinos se enfrentan a lo que la académica feminista Nadera Shalhoub-Kevorkian ha descrito como un cataclismo de *desmembramiento* en su forma más literal: cuerpos desmembrados, geografía desmembrada y un cuerpo político desmembrado: un pueblo desmembrado.

Mientras tanto, en las calles de Gaza y Beirut, las multitudes siguen reuniéndose para honrar a sus muertos, sabiendo que ni siquiera sus funerales están a salvo de la próxima oleada de la carnicería israelí.

The Guardian / CALPU

---

https://www.lahaine.org/mundo.php/como-israel-ha-hecho-del